

Revolución Democrática para una Izquierda Unida ganadora

Tesis 2: *¿Cómo caracterizar la crisis de régimen en la actual coyuntura social y política?*

El resultado de las elecciones ofrecía algunas ideas que por nuestra parte ya enunciamos y que se han visto ampliamente confirmadas por los hechos:

- La primera hacía referencia a la decidida voluntad de cambio que expresaban los resultados electorales: se mida en términos izquierda-derecha (en número de votos); se mida en austeridad-contra la austeridad; se mida como viejos-nuevos partidos etc... La ocultación sistemática que el sistema electoral hace de los resultados no puede ocultar las evidencias de esa voluntad de cambio.
- Las ilusiones respecto al fin del bipartidismo se han mostrado como eso: ilusiones mal compensadas con resultados que las sustentasen. Mucho menos las calenturientas fantasías políticas asociadas a la idea de que estábamos viviendo una revolución democrática o el fin de la transición. Qué duda cabe que el bipartidismo sufre un severo correctivo, pero no se hunde sin remisión, ni está claro que puedan deducirse de estos resultados, que es su final anunciado. Más bien podría interpretarse que estamos ante un suelo que ofrece oportunidades para ser subvertido en esta legislatura.
- Los partidos emergentes se erigen como "condicionantes" de la agenda, pero no como protagonistas de la misma. En este punto el "modelo" español se asemeja enormemente al de otros contextos europeos, al menos por ahora.
- Mientras los temas de regeneración política -sin más- sean el epicentro del debate político, el impacto real de estas elecciones y del inédito escenario dibujado, puede ser muy débil. Hay una presión muy grande desde el conjunto del "sistema" para asegurar la "estabilidad" y "gobernabilidad" del propio sistema político. Y eso significa vaciar de sus significados más conflictivos el debate político actual: desigualdad social; injusticia económica; reforma laboral... y dejar en el centro los temas de corrupción, regeneración política en general y transparencia. El "Acuerdo de gobierno" entre PSOE y Ciudadanos es un ejemplo de esa capacidad de estos temas transversales para adquirir notoriedad a costa de darle continuidad a una política económica y laboral tan nefasta como inútil, aparcando los problemas prioritarios de la gente, que son, en definitiva, el nexo capaz de aglutinar la necesaria confluencia de las izquierdas para alcanzar una representación institucional que subvierta las infames políticas anticidadanas de los que se pliegan a las exigencias de los poderes económicos.
- Parece muy verosímil la idea de que estaríamos viviendo el final del período de castigo al modelo de partidos clásico; y una re-acomodación de los partidos tradicionales al nuevo escenario. A fin de cuentas los resultados se llevaron por delante a UPyD (que era un partido "emergente" hace un año) y a punto estuvieron de engullir a IU. Pero parece evidente la re-configuración del sistema de partidos a corto plazo dentro de las coordenadas izquierda-derecha.
- En esta perspectiva, Podemos consiguió un digno resultado, pero lejos de ser un resultado espectacular, ni siquiera un resultado en condiciones de poder impulsar el cambio de régimen político que sus dirigentes proclamaban. Habría que recordarles que con el 20% de los votos no se tiene una acumulación de fuerzas favorable para cambios constituyentes, ni siquiera constitucionales.

- Se confirma y profundiza en la desmovilización social. El hartazgo de los votantes amenaza con un incremento de la abstención si los partidos políticos siguen haciendo oídos sordos a los mensajes lanzados en las últimas elecciones. Algo claro: la abstención nunca es de la derecha. Entre tanto, las concentraciones y convocatorias aglutinan a muchas menos personas que clicks en smartphones y ordenadores. Las redes sociales se han convertido, ya de forma definitiva, en un escenario de lucha inmóvil y de falsa conciencia social, que contribuye a reducir, e incluso eliminar, el carácter de acción social de la movilización y que fomenta el ensimismamiento individualista del pseudo-activista. Ese encasillamiento y aislamiento que produce la movilización de sillón, dificulta la posibilidad de tejer alianzas en los procesos previos y posteriores a la misma. Como ya se vio en la campaña electoral, el número de Trending Topic no es proporcional al número de diputados; ni el número de firmas en change.org, equivalen a conversaciones pedagógicas y de tú a tú con respecto a la ciudadanía.
- Los 'mass media' del mismo modo, con parrillas colmadas de información y debate políticos, nos han dado una oportunidad extraordinaria para, en los últimos cuatro años, lanzar nuestros mensajes y proyectar a nuestros referentes. Han sido muy numerosos, aunque de posiciones y pertenencia políticas dentro de IU siempre similares y muy cerradas (muchos de ellos/as ya no entre nosotros), las y los contertulios que han representado a Izquierda Unida y han poblado las miles de horas de televisión dedicadas en esta nueva coyuntura a la información política. Nunca antes tantas horas y tantas compañeras como ahora han sido altavoces de nuestra organización pero sí como alguna otra vez en nuestra historia, se ha cosechado uno de los resultados electorales más bajos. Esta suerte de "telecracia" también ha ayudado a que los sistemas absolutamente colectivos y plurales de elaboración, movilización e institución cooperativas de los espacios de izquierdas, sean sustituidos por líderes absolutos que, desde fuera influyen en el empoderamiento de sus tesis dentro de la organización, y desde los platós o redes sociales, marcan la política unitaria de organizaciones enteras, a pesar de órganos, estamentos democráticos, direcciones plurales y el resto de mandatos y trabajo colectivos. La telecracia externa sustituye a la democracia interna; los líderes de opinión, a la opinión de toda la organización.
- Una vez más, y van dos, los mejores resultados se producen -con diferencia- en los lugares donde hubo candidaturas de consenso, encuentro o convergencia con todas las limitaciones que se quiera. La idea de un acuerdo de la izquierda social y política transformadora ha funcionado como un catalizador de la ilusión en varios lugares emblemáticos.

Después de las elecciones, sin embargo, las izquierdas se dividieron de acuerdo a ejes de conflicto que, sorprendentemente, aparecen al margen de la evidencia de los datos y de las expectativas creadas por las elecciones. Si en las elecciones generales de 2011, las fuerzas de la derecha con representación parlamentaria, consiguieron 13.407.888 votos, en esta ocasión han acumulado 11.583.062 sufragios; las izquierdas sumaron entonces 9.595.551 votos frente a los 12.460.887 sufragios de ahora. Un incremento de 3 millones de votos para las izquierdas. Y si miramos más allá de nuestras murallas, la impugnación de las políticas de austeridad no admite dudas ni matices. Cualquier compromiso con la gestión irresponsable, antisocial y corrupta del Partido Popular sería un disparate de dimensiones descomunales.

Pues bien, frente a la evidencia de la apertura de una nueva situación, de la creación de una expectativa real -social- de cambio, los partidos de izquierda se aprestan a sus propios ajustes de cuentas internos convirtiendo, una vez más, las buenas noticias en una justificación para algún oportuno aquellarre. Va en nuestro ADN esta vocación cainita y despiadada. Que la política no es agradecida puede tolerarse, que sea así de cruel e indiferente forma parte de elecciones morales cuyo único amparo es la racionalidad del poder, la lógica del ganador-perdedor, en fin, la vieja, viejísima política. Si al final del cuento, el fresco impulso del 15M, el empoderamiento político de

una generación, la extensión de lógicas participativas y horizontales ha servido, tan solo, para producir un relevo generacional y agitar un poco -no mucho- el tablero, menudo fiasco.

Aún es peor si en nombre del acercamiento a "lo nuevo" se tiran por la borda no sólo las mochilas de nuestro peregrinaje por la historia, sino a una parte de las sensibilidades y gentes con las que construir un nuevo entramado emancipatorio. Si la reivindicación de lo novísimo se instituye sobre el cadáver de lo próximo, seremos el Vlad Dracul de la política: afirmar el nuevo poder previo empalamiento de miles de representantes del status anterior.

Sobre la base de esas malas prácticas políticas no se constituye nada nuevo, solo una aburrida continuidad con lo peor de lo viejo. Persistir en los viejos axiomas, en las ancestrales prácticas del poder de siempre, el de toda la vida, es castrar la emancipación, es tirar por la puerta la democracia, la participación, la horizontalidad, el empoderamiento y todas esas ansias que, pensábamos, habían sido aireadas y reivindicadas por el espíritu del 15M, y que aún están inconclusas, huérfanas y sin representantes en la tierra (aunque el cielo telecrático esté plagado de dioses plenipotenciarios llamados a revertir esas enormes desigualdades y concretar las enormes ansias de empoderamiento social).

Dar por bueno que la única política posible, después de todo, es la que representa Frank Underwood en 'House of cards' es, que no quepa ninguna duda, un servicio a las oligarquías y al sentido común hegemónico, un doblar el espinazo ante la cultura preponderante de las clases dominantes. Da igual lo que se diga después o lo que se escriba en programas políticos o eslóganes electorales: se habrá renunciado a la emancipación.

Las izquierdas necesitamos ejercitar la tolerancia, el pluralismo, la diversidad, la democracia con sus consustanciales riesgos y la integración. Este es el eje sobre el que se articulan las nuevas ideas, estas son las señas de identidad de un proyecto que quiera, de verdad, doblarle el pulso al poder de siempre e invertir la lógica excluyente de la historia. Lo otro, es un recambio de elites. No es que esto sea poco, pero ¿es lo único que pretendemos?

Es evidente que hay una demanda de encuentro y confluencia en las izquierdas que se ha expresado en estas elecciones con meridiana claridad. La gente pide diálogo y entendimientos. El que no quiera verlo niega una evidencia palmaria, del tipo la redondez de la tierra. Pero no está escrito cómo transitar ese camino para culminar con éxito. No obstante, podemos balizar el itinerario para orientarnos sin perdernos: ¿el proceso es inclusivo o excluyente?, ¿es un proyecto entre iguales o es un trágala del que más puede?, ¿es un ajuste de cuentas o un empeño por sumar lo diferente?, ¿está basado en el máximo de participación posible y en el empoderamiento de los actores participantes o es un proceso que descansa en las negociaciones secretas entre personajes influyentes?